

Madre adentro

MARÍA-CRUZ ESTADA

The Mother Inside

Abstract

The hugest delusion of human beings living in the beginning of the third millennium consists of thinking that they are able to restrain Nature, the Othering, randomness, pain and death, this resulting from the degradation of the symbolic realm that took place in the end of the last century. However, there is nothing so hazardous as our lives. Only a few bit strands that the symbolic manages to thread from the Real realm allows us to trust someone, believe in the word given and taken, hold our hope in the future and pass on our hope to the next generations. Is it possible nowadays to proceed a sort of reconstruction built on symbolic values that does not include the Real realm as an impossibility in its horizons? In this paper, we address this question looking at the film *The Sea Inside* by Alejandro Amenábar.

Key Words: Sea Inside, Alejandro Amenábar

Todo el mundo parece estar de acuerdo en el derecho del ser humano a elegir los parámetros que han de regir su vida y también el modo y momento de su fin. Se quiere elegir el sexo de quien va a nacer, excluir de su código las enfermedades genéticas, asegurar mediante clonación los tejidos necesarios para sustituir otros dañados, proveerle de descendencia aunque su edad, la naturaleza o su deseo inconsciente no se la hayan concedido, elegir su orientación sexual más allá de los dictados de la anatomía —incluso cambiándola en el quirófano— y, claro está, decidir el momento en que su vida ha de terminar. La fantasía o, por qué no decirlo de una vez, el delirio más completo del ser humano a comienzos del tercer milenio es creer que es libre al haber conseguido domeñar la naturaleza, lo Otro, el azar, el dolor y la muerte. Pero por mucho que queramos controlar lo Real, siempre corre más deprisa que nosotros.

Este delirio viene acompañado de una degradación del mundo simbólico iniciada en el siglo anterior; degradación que se aprecia, por ejem-

plo, en el intento de anulación de las diferencias: las generacionales —pretendiéndose una ridícula amistad entre padres e hijos—; las sexuales —minimizando, por ejemplo, la necesidad que tiene una mujer que ha sido madre de ser sostenida durante el tiempo de la cría sin tener que pensar en balances o Consejos de Administración, o igualando el lenguaje y gestos en la aproximación al otro sexo pretendiendo que se busca lo mismo en ambos sexos— y también, la anulación de la diferencia entre opinión y saber que hace que hoy todo el mundo opine de todo, cual si de todo supiera.

Las diferencias son formas de manifestarse la “*otredad*” del Otro; forman parte de lo no domesticado de manera simbólico-imaginaria, y borrarlas es un intento de controlar el Real que hay en su interior, aunque lo que se logra es sólo inflar lo Imaginario, en una fantasía de unidad, de igualdad. Cuando hablo de Real, Imaginario y Simbólico estoy hablando de los tres registros que para Jacques Lacan constituyen nuestra realidad psíquica y que están anudados entre sí según algunas leyes, entre las que está que no puede haber dos sin tres —tercero que viene a mermar la unión de los otros dos— sin que ello suponga graves perturbaciones en el psiquismo o en el cuerpo.

Una consecuencia de nuestra estructuración simbólica es la diferencia que establece el orden generacional; así, los padres y sus sustitutos metonímicos se han comprometido a educar y proteger a los menores bajo su cuidado; su saber —incompleto como todo saber— es el de la experiencia, y su autoridad está legitimada por la posición jerárquica que ocupan en el linaje, o en la institución. Sin embargo, en Patagones (Argentina), cuando hace poco un chaval disparó a sus compañeros, los profesores salieron corriendo a buscar a la policía, y ninguno quedó para proteger a los niños; o en Hondarribia, cuando se suicida Jokin con 14 años, nos enteramos de que muchos profesores conocían las vejaciones de que era objeto, pero se lavaron las manos; quizá por eso la columna del diario *El País* terminaba diciendo: “*Jokin no decía nada para proteger a los suyos de su sufrimiento*”. Si un chico ha de defenderse solo, o si tiene que proteger a sus mayores es que el ordinal de un linaje o una institución está tan profundamente subvertido que convierte a los menores en iguales de los mayores —de ahí que los niños tengan que gritar cada vez más fuerte para obtener un NO de ley. Por eso, en este momento, es muy frecuente recibir en la consulta a padres desesperados porque sus hijos, a veces de ocho y nueve años, han empezado por no ceder el mando de la tele (no es cualquier significante) y han llegado a tener el mando de su casa. Y lo que más escuchamos de estos padres es la frase siguiente: “Es que yo no puedo obligarle”. Pues más les vale —les diríamos nosotros.

Comencemos a deconstruir la película *Mar adentro*, de Alejandro Amenábar, a través de las palabras del padre de Ramón Sampedro: “*Es doloroso que un hijo muera, pero más aún lo es que quiera morirse*”. Está perplejo al ver alterado ese orden que suele ver morir a los padres antes que a los hijos; también dolido porque alguien a quien él ha dado la posibilidad de vivir, quiera darse la muerte. En la despedida de Ramón al irse de la casa, cuando comienza ese pasaje al acto que termina con la muerte mostrada ante la cámara (un obsceno banquete de goce), el hermano mayor está alejado, pero el padre no aparece, lo que nos resulta significativo. Veremos por qué.

No cuestionamos aquí la facultad de cada ser humano para tomar sus decisiones, incluida la de morirse, o la de hacer una película de ésta u otra forma; no queremos tampoco oponer un bien universal cualquiera —la vida, por ejemplo— frente al que constituye el buscado por cada uno. Sin embargo, sí que cuestionamos esa emoción intensa de los espectadores de *Mar adentro*, esa especie de acuerdo universal y sin crítica ninguna en que la película “es un canto a la vida”. Vamos a deconstruir algunas de las mañas del director que han logrado este efecto de fascinación. Pero no crean que confundimos los hechos de la vida de Ramón Sampedro con el guión de la película, aunque, sorprendentemente, tanto lo que conocemos del caso a través del libro escrito por él mismo, como la obra de Amenábar, exudan lo que pareciera un acuerdo tácito que nos resulta muy adecuado para hablar del desfallecimiento ético en la subjetividad contemporánea. En cualquier caso, pensamos que Amenábar aprovechó muy bien un punto de fragilidad simbólica de Ramón Sampedro para hacer pasar sus “tesis”.

En su libro *Cartas desde el infierno*¹, cuenta Ramón que momentos antes del accidente andaba preocupado porque esa noche, su novia iba a presentarle a los padres; le entró el temor a la idea del compromiso matrimonial y de pronto se vio tirándose al agua en una zona sin profundidad que conocía bien, en la que se rompió el cuello. Cito a Lacan cuando habla del complejo de castración: “*Es sabido que el complejo de castración inconsciente tiene una función de nudo. 1º en la estructuración dinámica de los síntomas en el sentido analítico del término, queremos decir de lo que es analizable en las neurosis, las perversiones y las psicosis; 2º en una regulación del desarrollo que da su ratio a este primer papel: a saber la instalación en el sujeto de una posición inconsciente sin la cual no podría identificarse con el tipo ideal de su sexo, ni siquiera responder sin graves vicisitudes a las necesidades de su partenaire en la relación sexual, e incluso acoger con justeza las del niño que es procreado en ellas*”². Aclaro a los no familiarizados con el discurso psicoanalítico que, en este contexto, la castración es algo bueno, porque se

1 SAMPEDRO, Ramón: *Cartas desde el infierno*. Planeta, Barcelona (2004), p. 19.

2 LACAN, Jacques: *Escritos*. Siglo XXI, Madrid, (1972).

trata de una serie de operaciones mediante las cuales el niño y la niña (a veces de más de cuarenta años...) aceptan que ellos no son la pieza que le falta a mamá, lo que les lleva a buscar una vida propia y no como instrumento de otro, y a establecer lazos exogámicos, es decir, les impulsa a ir a buscar lo que a ellos mismos les falta —lo que los convierte en gente alegre—, en lugar de dedicar sus afanes a ser amados, o a lamentarse.

Otra de las consecuencias es el ser capaces de agradecer lo que los demás hacen por nosotros, o el pagar por lo que obtenemos, bajo la forma de la lucha, de la incomodidad, o del dinero. Dice Sampedro en una carta hablando de su novia: “...pensaba que tenía que cenar en compañía de su familia aquella noche. Si te digo la verdad, tenía dudas sobre si dejar plantada la formal cena de compromiso, esposa y cadenas y largarme al Brasil donde las putas no cobran tarifa”. Finalmente hizo una elección inconsciente: se tiró “a la piscina” donde no era, y dejó plantado el compromiso, el pago. Amenábar —lo sepa o no— capta muy bien la fragilidad simbólica de Sampedro, su tambaleo en el pasaje del complejo de castración que no hay que confundir con la brillantez de su dialéctica y, en su guión, opone el discurso de Sampedro al del hermano —ese que aparece como el bruto, el que huele a establo— quien se ve obligado a hablar por dos veces desde un lugar paterno. Dice enfadado: “Mientras yo viva en esta casa, aquí no se mata nadie”, y también: “Soy tu hermano mayor y no autorizo a que en la casa se lo haga” (Se refiere al suicidio). Le ha tocado ser el bruto de la película, “el malo”; pero él sólo quiere respeto para su casa y su familia. Delante de tanto abogado bien vestido y perfumado se siente escaso de recursos para sentar una palabra de ley, y por eso apela al orden generacional: “Soy tu hermano mayor” y a la autoridad, que son rasgos del Ideal del Yo, por lo tanto paternos. ¿Qué hace Hamlet cuando le pillan ocultándose de noche en el cementerio tras el entierro de Ofelia? Al escuchar: “¿Quién va?”, se encuentra escaso de recursos para hacer frente a la situación, no pudiendo escapar o mentir —que son dos de las maneras de reaccionar cuando uno se encuentra falto de recursos simbólicos—; entonces apela a los significantes de su Ideal del Yo: dice “Soy Hamlet, Príncipe de Dinamarca”: su nombre y su posición en el linaje. Algo así hace el hermano de Ramón, mientras que él, ante el compromiso con la novia o, más adelante, ante su desgracia, al sentirse escaso de recursos simbólicos, escapa. Hizo lo que pudo, claro está, en función de sus recursos psíquicos; insistimos en que lo que cuestionamos es el estado de opinión que su caso y la película promueven en el público.

El guión deja en ridículo esos escasos significantes enarbolados por el hermano que, sin embargo, nos permiten defendernos de los embates de lo Real y de nuestra propia violencia pulsional; significantes a los que no

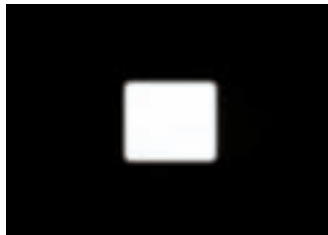
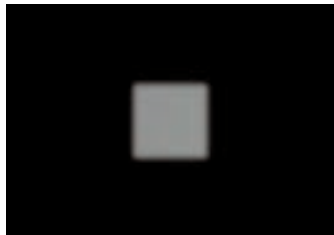
pudo recurrir Ramón. El hermano no le prohíbe que se mate, sino que desde la humildad de sus recursos discursivos, dice NO al reinado del goce incestuoso en su casa. Él quiere que en ella se cumpla la ley, que funcione la castración o, si lo prefieren, se acepten los límites. Dice Amenábar³: “Ramón consigue situarnos frente al abismo de la muerte, colocarnos junto a esa línea divisoria, la que separa este mundo del ‘otro’, quizá la nada. Y nos dice: ‘Dejadme cruzar la línea, dejadme saltar’”⁴. Fíjense en ese “Dejadme”, donde a Amenábar se le desliza ese tercero paterno que impide gozar y cuya ley hay que transgredir. Es decir, Amenábar nos coloca frente a algo que a todos nos divide: la muerte. Trata el tema en todas las películas: *Tesis*, *Abre los ojos*, *Los Otros* y ahora en *Mar adentro*. Parece preocuparle esa línea divisoria entre la vida y la muerte más que otras zonas de límite. Lo que consigue en *Mar Adentro* —quizá por estar hecha sobre una persona real— es que el espectador se identifique con quien dice que atravesará esa línea sin que le tiemble el pulso; y no sólo eso: quien habrá burlado la ley y pretende que seguirá viviendo después. Una identificación imaginaria con quien —supuestamente— va a salir victorioso de la prueba, gracias a la cual, el espectador supera, por unos momentos, su división subjetiva ante la muerte y la sustituye por una emoción intensa desde la butaca del cine.

El inicio de la película: pantalla en negro, un pequeño recuadro más claro; vamos entrando en otra realidad⁵, ¿la que esperaba a Sampedro tras atravesar la línea entre la vida y la muerte? Esa es la siniestra impresión que tuvimos al ver el film: que la voz en *off*, es la de quien lo recibe en el más allá, terreno de “los otros” y le prepara hasta el momento del “abre los ojos”. Conocer previamente la historia de Sampedro, así como el cuadrado claro sobre fondo negro, que evoca los testimonios de los que han estado cerca de la muerte y dicen haber visto una luz al fondo de un túnel, facilita estas asociaciones.

Veamos cómo usa el cine Amenábar, para hacer posible lo imposible:



(sonido de olas): Tranquilo. Estás más y más tranquilo. Ahora imagina una pantalla...



...una pantalla de cine que se despliega y se abre ante ti.

³ SAMPEDRO: *op. cit.*, en esta edición está prologado por Amenábar.

⁴ SAMPEDRO: *op. cit.*, p.7.

⁵ Nos puso sobre esta pista la comunicación de Lorenzo TORRES HORTELANO: “Por qué no ser de Amenábar”, I Congreso de Cine Europeo Contemporáneo, Centro de Cultura Contemporánea, Universidad Pompeu i Fabra, Barcelona, 2005.



...crea en ella el lugar que prefieras. Concéntrate en tu respiración...



...ayudando a tu cuerpo a relajarse, a sentirse en paz. No tienes que cambiarla, tan sólo déjala ir y venir, ir y venir... (comienza a aparecer una playa)



...¡Ahora! Ya estás allí. Fíjate en los detalles.

Como abono del supuesto atravesamiento sin mácula de la línea divisoria, tanto el libro de Sampedro como la película no hacen más que repetir fórmulas del tipo “morir para vivir”. Entonces, claro está, un discurso como el del que apela a su posición de hermano mayor para impedir algo a un hombre de más de cincuenta años, suena tan ridículo como el de un policía de sainete, porque casi todo enunciado de ley explícito —es decir, cuando el padre no aparece velado— siempre queda algo ridículo. Pero es que los guionistas, como todo el mundo, para poder transgredir, necesitan que se ponga en marcha una ley.

Alguien podría creer al leer estas palabras, que confundimos el cine con la vida y que éstas que citamos son sólo frases que inventan los guionistas. Sin embargo, pensamos que un **autor** en literatura, cine, o cualquier forma de arte, es digno de ese nombre porque ha sido atravesado por algo del orden de la enunciación inconsciente⁶; Amenábar y Mateo Gil quedan atravesados por ella a partir del planteamiento de Sampedro y dicen en su guión más de lo que quieren decir.

Vamos a desvelarles el truco que convierte el caso Sampedro en una tela de araña que atrapa a los guionistas y, más tarde, a los espectadores incautos. Todos ellos: Ramón y los guionistas, en su discurso, hacen descender la enunciación al nivel del enunciado, confundiendo éste con aquélla, al yo del enunciado consciente con el sujeto de la enunciación inconsciente (lo veremos en un momento). Eso hace que si el que escucha no pone cuidado, quede pegado a esa amalgama entre yo y sujeto que intenta hacer del ser humano alguien indiviso y por completo presente en su acto. Uno de los ejemplos más cotidianos es suponer que quien dice: “deseo tener un hijo”, lo desea de verdad; es confundir la demanda con el deseo, cuando los psicoanalistas sabemos que el deseo de hijo es algo que muchas veces sorprende bajo la forma un embarazo inesperado, o en una ensoñación súbita y que no siempre va acompañada de una

⁶ Lacan toma de la Lingüística la distinción entre enunciado y enunciación y las usa para hablar del psiquismo: el enunciado correspondería con el discurso yoico, consciente. De él, en un análisis, se extraen los significantes que insisten, que suponen tropiezos, a través de los cuales, mediante la asociación libre, puede entretenerse un discurso de otro nivel: el de la enunciación, con un sujeto —sujeto del inconsciente— que es su efecto.

voluntad consciente; más bien estas mujeres sorprendidas por ese deseo, suelen decir que no es el momento para quedarse embarazadas. Como dice Lacan⁷: “Lo que se desea suele aparecer bajo la forma de lo que no se quiere”.

Ante un “quiero morir”, ocurre lo mismo: es amalgamar al yo del enunciado, siempre tan sin recursos, con el sujeto de la enunciación. El deseo —digámoslo de una vez por todas— es inconsciente; y pretender obtener el derecho a darse muerte a través de otro, es querer obtener carta de naturaleza para esa amalgama. Pensamos que la pretensión de ser indivisos es un grave problema de la subjetividad contemporánea. Mas la palabra no deja de ser una presencia preñada de ausencia...

Lo simbólico es una trama hecha de palabras tejidas que remiten a un relato; y éste, últimamente, está siendo sustituido por la imagen, lo que hace que lo Simbólico se degrade al nivel de lo semiótico⁸. Un ejemplo: es corriente que los adolescentes que tratamos, se hayan visto antes de nacer en las ecografías que sus padres colocan en el álbum como primera foto, o que hayan visto el vídeo de su nacimiento y, sin embargo, cuando les preguntamos por su historia familiar, no pueden responder a cosas tan simples como la manera en que sus padres se conocieron, o de dónde vinieron sus abuelos y el porqué emigraron a Madrid, o aquel guiso que la abuela hacía tal día del año. Y ojo, porque si algo tan difícil de captar como es la cuestión de los orígenes, no se le relata bajo la forma de la historia, la leyenda o el mito, lo que queda es espeluznante: un animalillo deforme nadando en líquido amniótico y entregado a la voluntad de otro⁹. Es como si se pretendiera que la supuesta verdad empírica de la imagen sustituya a las siempre incompletas palabras sobre el amor, los cuidados, las esperanzas, las ilusiones, la entrega, o la pasión amorosa resultado de las cuales nacieron...

Dijimos que la degradación de lo simbólico tenía por consecuencia la inflación de lo imaginario; vamos a verlo en dos puntos: un infantilismo cada vez mayor de los adultos y un exceso de sentimentalismo que disfraza —sin borrarlo— el dolor de existir. Quizás tenga que ver con la opulencia del Estado del bienestar que cada vez que algo no funciona en la vida de un ciudadano, le paga un subsidio para que pueda continuar viviendo adormecido o infantilizado. Por eso el ciudadano se queja cada vez que algo rompe la felicidad que ha imaginado para sí, creyéndose víctima de una injusticia, porque en lugar de hacerse consciente de lo poquito que uno puede controlar en su vida, y aceptar que hay que arreglárselas, se piensa que es culpa de alguien o del Estado, porque las cosas deberían ir bien (según hemos imaginado). Entonces de lo que se

⁷ J. LACAN: *Seminario “Los cuatro conceptos”*, Plaza y Janés, Barcelona 19.

⁸ Idea que tomo prestada a Jesús GONZÁLEZ REQUENA.

⁹ Es curioso la cantidad de niños que vienen a consultar por fobias, en cuyo discurso aparece el hecho de haber visto ecografías de la madre. Sin duda fueron imágenes insuficientemente acompañadas de relato.

sufre ya no es del dolor de existir (Simbólico), o de lo irremediable (Real), sino de la injusticia (en muchos casos, Imaginaria); así se toma el caso Sampedro: como una injusticia, no como algo irremediable, o azaroso, o provocado por su fragilidad simbólica. Fíjense lo que dice: *“La vida así, no es digna”*. No lo es, porque no es la que responde a su ideal: si se compara en lo Imaginario con los que pueden andar, etc. Pero eso no tendría por qué confundir al espectador, ya que esa no es la única vida digna posible. Ramón explica su negativa a hacer rehabilitación e ir en silla de ruedas diciendo: *“Aceptar la silla de ruedas sería aceptar migajas”*. Detengámonos en esto, ya que aquí se desliza como sujeto Ramón, quien en tanto **Yo del enunciado** reivindica la muerte, pero en tanto **Sujeto de la enunciación**, o del inconsciente, llama a la silla de ruedas migajas, y por lo tanto en su cabeza hay un pastel completo que sería la salud y la belleza que reclama, no la muerte; siendo la petición de muerte tan sólo un empeño yoico. Alguien que tenga en cuenta el inconsciente no puede dejar pasar esta pregunta: ¿quería morir Ramón Sampedro? ¿Hay que escuchar a su yo consciente o hay que escucharle como sujeto? En cualquier caso con respeto, pero nada obliga a quedar pegados en la amalgama engañosa en la que queda él y quedaron algunos de sus amigos. Pensamos no traicionar el pensamiento de Freud y Lacan cuando afirmamos que, cuando el sujeto muere porque muere el deseo, el cuerpo le sigue raudo. Aquí, quien quiere morir es sólo el yo de Ramón, y para siempre nos quedaremos sin saber **a qué quería morir**, pero a Ramón como sujeto nadie lo escuchó y él tampoco quiso saber nada.

Por otro lado, la justicia se dejó coger en la trampa. Una sentencia que permitiera a otra persona darle muerte sin ser perseguida por ello, hubiera sentado jurisprudencia. La Justicia española, atravesada también por el desfallecimiento ético que impregna el libro y la película, haciéndolos tan tristes, deniega la petición por defecto de forma. No se comprometió a responder desde su posición (igual que aquellos profesores que citamos al principio de este trabajo) cosa que sí hizo, sin embargo, el Ministro de Sanidad francés en un caso parecido, el caso Mattei, cuando denegó a una madre el derecho de terminar con la vida de su hijo: *“Puede haber transgresiones, pero la transgresión no puede estar escrita en la ley”*. Esto es comprometerse con un acto desde su lugar jerárquico, que es una de las formas que tenemos de pagar. Nótese que ese señor no hace un imperativo sadiano, no aplasta otras formas de pensar, ni pretende que Mattei siga sufriendo, sino que reconoce agujeros en el sistema: puede haber transgresiones —de hecho, Ramón consiguió lo que se proponía—, pero las leyes no pueden estar hechas a la carta. De la misma forma, una cosa es que el aborto no esté penalizado, y otra que apareciera por escrito que una mujer tiene derecho a deshacerse de un embrión, porque sería san-

cionar que un embrión es parte del cuerpo de la mujer; y no podemos pensar que un embrión es una simple prolongación de su madre. Por cierto, Ramón Sampredo sí lo pensaba: *“En el caso de la mujer que decide no traer más dolor al mundo, hay una conciencia que decide¹⁰ lo que considera mejor, tanto para sí misma como para un posible futuro ser humano — que no es más que la prolongación de sí misma”¹¹.*

El mundo incestuoso al que todo esto apunta, está regido por un imperativo sadiano que diría: *“Tú serás mi instrumento”*. Es un mundo en el que no hay límites al goce, en el que se pretende disfrutar sin pagar porque todo se merece; un mundo infantil. Su producto es ese bebé monstruo que lo quiere todo y ya, al que Freud recomienda educación para que sus dos pulsiones principales: la que le impulsa a fusionarse con su madre y la que le lleva a asesinar a los rivales que se lo impiden, se mantengan inconscientes, o al menos limitadas, si quiere vivir en una sociedad humana. Este matriarcado está sustituyendo a la cultura patriarcal que diría: *“Arréglatelas con lo que te falta; he puesto a tu disposición estos mimbres, pero los cestos has de hacerlos tú”*.

A cambio de entrar en el lenguaje, el ser humano ha perdido la posibilidad de encontrar un objeto que procure la realización plena de su ser, la felicidad; la ley paterna le invita a renunciar al empeño en conseguirla, transitando a cambio los caminos del deseo. Frente a las carencias, uno puede quejarse como si alguien tuviera que remediarlas, reivindicar el derecho a no sufrirlas, deprimirse, o bien inventar una salida singular que no suprimirá su falta en ser pero le hará más alegre, y la alegría es algo bien distinto de la felicidad.

Un ejemplo es un foro de tetraplégicos en Internet: *“Movimiento de vida independiente”*. Reivindica *“concebir la discapacidad no como una enfermedad, sino como parte de la riqueza y diversidad de la sociedad”*. Esto es aceptar las diferencias, una posición ética. Quieren administrar su dinero para no quedar confinados en un centro público, elegir quién les atiende... Buscan cambiar el concepto que la sociedad y los discapacitados mismos tienen de los limitados funcionalmente. Uno de ellos tuvo un accidente peor que el de Ramón y a base de rehabilitación ha conseguido movimiento, trabajar y vivir independiente... en una silla de ruedas; pero ¿acaso no somos todos un poco cojos?

Mucha gente ha visto la película en un estado de emoción desbordada. Como ya dijimos, lo que más nos sorprende es la frase: *“Es un canto a la vida”*. En realidad, pensamos que es un tristísimo canto al incesto. Podemos decirlo más suave: es un canto a la forma unaria. En el libro

10 Escuchamos aquí al yo del enunciado. Reivindicación de una conciencia plena en su decir y en su acto.

11 SAMPEDRO: *op. cit.*, p. 265.

12 DUFOUR, Dany-Robert: *Folie et démocratie. Essai sur la forme unaire*. Gallimard, Paris, (1996) p. 29.

*Locura y democracia*¹², Dufour plantea que antes el yo era definido por algo distinto de sí mismo: Dios, el Rey, el Proletariado, y tenía una distancia, una reverencia o, si quieren, una relación sagrada con aquello que le fundaba. Sin embargo, en nuestra sociedad democrática, el yo ya no se define por otro sino por sí mismo, de manera que se pasa de una definición binaria a otra unaria. De ahí la proclamación de la autonomía jurídica del sujeto — confundido con el yo — frente a Dios, el Rey o el Proletariado. Fragmento de un poema de Ramón:

“Morir es un acto humano de libertad suprema.
Es ganarle a Dios la última partida.
Es un corte de mangas que democráticamente le
hacemos al dolor por amor a la vida”¹³.

13 SAMPEDRO: *op. cit.*, p. 88.

O más bien: por amor al ideal de sí mismo. Son discursos que toman las carencias propias de todo ser hablante, o las particulares de la vida de cada uno, como algo vergonzoso que mancha la imagen ideal de la persona plenamente realizada. **A esto oponemos otra idea bien freudiana: la única realización plena del ser humano se da en el estado mineral: antes de nacer, o después de morir.** Citamos a Sampedro: “*Cuando no hay calidad de vida, cuando el caos es total, no hay más alternativa que la desintegración de la materia para renacer*”¹⁴. ¿Renacer?¹⁵

14 SAMPEDRO: *op. cit.*, p. 58.

15 Tras leer este trabajo, Lorenzo Torres apuntó algo interesante: “Es como si esa muerte, al provenir de un suicidio, realmente no existiese”.

En esta película, pero también en muchos de los discursos que nos rodean, hay queja y demanda, no deseo; hay reivindicación de la felicidad, de la dignidad, pero no alegría. Es un mundo en el que el sufrimiento no viene por el lado del dolor de existir productivo, o de la lucha trágica para hacerse un hueco propio, sino de los lloriqueos porque alguien nos emplazó mal en esta vida, sin tener en cuenta nuestros muchos merecimientos, y no podemos realizarnos plenamente. Sin embargo, nada más azaroso que nuestras vidas en las que sólo algunos pellizcos que lo Simbólico puede enhebrar de lo Real nos permiten cierta tranquilidad: la de poderse fiar de alguien, la de ver las palabras refrendadas por actos; la de confiar en el resultado de los propios esfuerzos para, de ese modo, tener esperanza en el futuro y transmitirla a las nuevas generaciones.

Dudamos que una posible reconstrucción pueda venir de producciones mágicas o religiosas, producto de una amalgama de sentido Imaginario-Simbólico que, mal anudados, no incluyan lo Real como imposible.